

Título: “¿Qué palabras definen tu identidad?”

Autora: Román, Guadalupe

Las palabras tienen origen, historia, identidad, color, forma, textura, aroma, sentido, idioma, tiempo, territorio, pueblo. Las palabras no son neutrales, quien las escribe o las canta, o las grita o las abraza, adquieren diferentes significados.



Desde pequeño, las palabras me inquietaban, las oía que las pronunciaban, las unían con estas palabras y así formaban diferentes expresiones que muchas veces no comprendía. Había un mundo de las palabras y yo quería conocerlas a todas.

Pero hubo palabras pequeñas, pequeñitas que iban creciendo y haciéndose cada vez más gigantes. No sólo por el tamaño iban tomando fuerza sino porque esas palabras iban acompañadas de otras palabras; ofensivas, dolorosas y violentas.

Mi abuela Luci, una mujer de ojos grandes, nariz pronunciada, con un cabello ondulante que siempre lo dejaba libre en los días de verano o atado con su turbante de colores, fue quien me susurro aquellas palabras que contaban las historias de nuestros antepasados. Cuando vinieron a ésta ciudad mis tatarabuelxs africanxs, no por voluntad propia sino obligados y arrancados de su tierra, las palabras definían quiénes eran y cómo debían ser. Se multiplicaban las palabras como: “esclavos”, “raza”, “negros”, “mulatos”, “zambos”, “casta”, “pobres”, “oscuro”, “sucio”; ellas se repetían constantemente clasificando a las personas por su color de piel.

Las mujeres **africanas esclavizadas**, por su condición de mujeres y de negras, también recibieron palabras que causaban mucho dolor, agresión incluso deshumanización. Algunas de ellas podían ser: “mucama”, “mandinga”, “mina”, “tamango”. Esas mujeres que fueron humilladas y ridiculizadas, como mi madre, mi abuela y mis **ancestras** se encargaron de las tareas más sacrificadas y menos valoradas por la sociedad. Criaron, contuvieron, escucharon, acobijaron con sus manos y sus sonrisas a los niños y niñas que nacían en el “nuevo mundo”; como **amas de leche**, **niñeras** o

empleadas domésticas sirvieron con amor y afecto a las familias privilegiadas de la Santa Fe colonial.

Cuando se conformó lo que hoy llamamos Argentina, esas palabras no dejaron de existir sino que fueron ocupadas por otras. Leímos en la escuela algunos libros que hablaban de “los salvajes”, “los incivilizados”, “bárbaros”, “primitivos”, “incultos”, “vagos”. Esos relatos que de niño escuché ni siquiera nos nombraban, no aparecíamos en los cuentos ni en los libros de historia. ¿Pero si mi abuela Luci me contó que desde hace mucho pero mucho tiempo mi familia vivió en éstas tierras? Hay palabras que no encuentro, que se borraron, se ausentaron pero yo no las olvido, las escribo y las enuncio para que esas palabras me recuerden quien soy y de dónde vengo.

¿Qué palabras o frases recordas que usamos de manera cotidiana y a veces sin darnos cuenta lastiman e hieren a quienes nos percibimos como **afrodescendientes**? En la tele, en la calle, en el barrio, en la escuela yo escucho con naturalidad frases como: “hoy es un día de negros”, o a veces los adultos dicen: “hoy he trabajado como un negro”, o “como un esclavo”. O si se quiere ofender a alguien por su condición de clase o color, ese es un “negro de mierda”. ¿Por qué “lo negro” siempre es impuro, malo o es generador de mala suerte? ¿Alguna vez lo pensaste?

También hay otras palabras que tienen raíz afro y que las fui aprendiendo en la mesa familiar a través del canto, la música y el baile. En el **tango** y la **milonga**, en la **chacarera** o el **malambo**, las voces de la negritud se hacen escuchar a pesar de los silencios.

¿Pero por qué tanto “**quilombo**” dirá Ud.? Por acá estamos, porque siempre estuvimos y estaremos narrando las palabras que hablan del dolor y de la herida, pero también pronunciaremos aquellas palabras que hermanan, tejen y unen a quienes nos reencontramos y abrazamos en nuestra identidad.

Como dice mi abuela Luci: “Aquí nos trajeron, aquí nos quedamos y ahora aquí estamos luchando por nuestros derechos”¹.

Las palabras importan, las palabras tienen memoria y las palabras pueden reescribir la historia incorporando otras palabras que incluyan otras voces, otros cuerpos, otras miradas, otros paisajes y otros colores.

¹ Poema de Lucía Dominga Molina Sánchez (1998), “Ser afrodescendiente”.